

¿QUE SIGNIFICA EL RESURGIMIENTO DE LOS MOVIMIENTOS DEMOCRATICOS?

UNA OLA RECIENTE Y PERSISTENTE

Amplios movimientos democráticos, caracterizados por rasgos tumultuosos o insurreccionales, han aparecido en Nepal (2006), en Birmania (2007), en el Tíbet (2008), mas tarde en Irán (2009), en Túnez (2011), en Egipto (2011), después en la desgraciada Siria (2011) y recientemente en Ucrania (2013) y Hong Kong (2014)¹, Estas protestas se han ganado, según los casos, a una parte importante de la población con consignas a favor de la democracia y de las libertades. El proletariado, en particular sus componentes dentro de la juventud urbana y (en proporciones considerables en determinados países) las mujeres, ha estado presente en cantidad y en calidad, ya sea con reivindicaciones de naturaleza defensiva o con su participación activa en los enfrentamientos con las fuerzas represivas. Nunca se ha individualizado en tanto que clase y no ha hecho general el uso de su arma más temible, la huelga (a excepción de Túnez, en donde han tenido lugar huelgas en el sector público, pero nunca se han extendido al sector privado). No ha desarrollado (ni por otra parte heredado) organizaciones obreras autónomas que llevaran sus propios intereses políticos y no ha conseguido ganarse a otras clases oprimidas hacia una perspectiva revolucionaria. Escribíamos, respecto a Egipto, que *«la capacidad de la clase obrera en movimiento para atraerse a sectores e individuos procedentes de otras capas de la sociedad civil sigue siendo, en nuestra opinión, una condición vital de su victoria sobre las clases dominantes. El problema es que en este estadio, la causa proletaria está enmascarada por las reivindicaciones económicas clásicas y los juegos de poder en el seno de las clases dominantes. Rápidamente, los insurgentes se han mostrado incapaces de considerarse como la expresión de una clase social independiente y sin patria. Una clase que aspira al derribo no solamente de los regímenes autoritarios y corruptos sino también a la destrucción del Estado, de todos los Estados, y sobre todo a la constitución revolucionaria de una sociedad cooperativa centralizada, sin clases, sin dinero, sin explotación y sin opresión.»*²

Estos movimientos no poseen necesariamente todas las características que ahora enunciamos, pero las mismas son guías importantes para comprenderlos.

1) Los movimientos democráticos encuentran lo esencial de su legitimidad en la calle y en los enfrentamientos con los diferentes aparatos del Estado. La mayor parte del tiempo son espontáneos y surgen del interior de la sociedad civil, sin mediación de ningún tipo, como expresión directa de múltiples descontentos acumulados. Desconfían de toda forma de delegación.

2) Tienen un «alma política» claramente afirmada y preponderante. Es la diferencia fundamental respecto al movimiento político proletario que muestra orgullosamente su «alma social», su identidad de clase. La finalidad del movimiento democrático es invariablemente interclasista y por ello no exclusivamente burguesa.

¹ Que hemos analizado en numerosos textos: « Birmanie/Népal : Persistance de la révolution démocratique » (Lettre n°27, enero de 2008), « Tibet : Lutte contre le colonialisme chinois » (Lettre n°28, mayo de 2008), « Iran : Le grondement populaire souterrain fait surface » (Lettre n°31, diciembre de 2009), « La jeunesse scolarisée secoue le joug de Pékin et de l'oligarchie hongkongaise » (Lettre n°39, noviembre de 2014), « Tunisie : Restructuration à chaud de l'état après une tentative d'insurrection démocratique incomplète » (Brochure n°2, junio de 2011), « Égypte : Compromis historique sur une tentative de changement démocratique » (Brochure n°3, octubre de 2011), « Égypte : Un coup d'état au nom de la démocratie et du peuple » (Document de travail n°7, noviembre de 2013), « Premiers points fermes sur les dernières révoltes dans les pays arabes » (Bulletin n°1, 16 febrero de 2011), « Le "printemps arabe" des prolétaires vient de commencer » (Bulletin n°3, 28 febrero de 2013), « Égypte : L'armée emploie la force pour reprendre le contrôle de l'exécutif ; les frères se préparent à un long combat ; le prolétariat tarde à entrer en scène pour lui-même » (Bulletin n°5, 9 septiembre de 2013), « Ukraine : une insurrection démocratique victorieuse dirigée par les nationalistes ; les ouvriers coincés entre les deux factions en conflit » (Bulletin n°6, 4 marzo de 2014).

² Ver « Premiers points fermes sur les dernières révoltes dans les pays arabes » (Bulletin n°1, 16 febrero de 2011).

A pesar de las expresiones radicales que les atraviesan, estos movimientos manejan la política como el arte de la mediación porque su objetivo es siempre, como mucho, la realización de reformas, la reestructuración del sistema tal y como es, la modernización del Estado del capital, la ampliación de su enfoque social, y la refundación de todos o de parte de sus cuerpos intermediarios. El conjunto se dirige a la modificación de la organización de la sociedad para adaptarlo a las exigencias del capitalismo maduro.

El sistema no se ve atacado en sus fundamentos económicos o sociales. Las relaciones sociales y la organización capitalista del trabajo permanecen intactas, casi siempre inaccesibles al movimiento democrático. Los símbolos y las consignas adoptadas («Somos el 99%», por ejemplo), las reivindicaciones planteadas, los lugares elegidos para los enfrentamientos como las plazas centrales, los parques y las sedes del poder son perfectamente coherentes con sus determinación interclasista.

3)) Estos movimientos están caracterizados por su carácter masivo, en consonancia con su naturaleza interclasista y popular, lo que no significa siempre que sean mayoritarios en la zona o país correspondiente. Este carácter masivo está también en el estallido de importantes y violentos enfrentamientos con las fuerzas del orden, pero señalemos que la violencia de masas contra los aparatos represivos del Estado no es en absoluto, por sí, un producto ni un factor de una revolución proletaria en marcha. Entre los ejemplos recientes, los más destacados han sido la apropiación militar por las bandas armadas nazis de los últimos episodios de la revuelta democrática de Maidan en Kiev, o bien el papel dirigente jugado en los enfrentamientos de la plaza Tahir, en El Cairo, por parte de los Hermanos Musulmanes.

4) La capacidad de los movimientos democráticos de exportarse más allá de las fronteras nacionales se verifica en la capacidad de enraizarse también en algunos países de viejo capitalismo en donde el Estado está en crisis fiscal, como España o Grecia. Estos países, en donde los mecanismos y las instituciones de la vieja democracia social han sido sacudidos a la vez por la crisis presupuestaria y la crisis de valorización han visto como capas enteras de la sociedad civil se movilizaban para restaurar «los lazos políticos y sociales» por medio de la integración en el Estado de instancias de democracia directa, de demandas de cambio en profundidad de los representantes políticos de las clases dominantes y de «más transparencia» en la gestión ciudadana. En cualquier caso, aunque el movimiento democrático se presenta como global, en tanto que no hay actor de un nuevo ciclo político revolucionario mundial, sigue siendo esencialmente nacional. Los elementos de unificación global entre sus diferentes expresiones nacionales son débiles y esencialmente formales, es decir, relativas a la forma del movimiento y no a su contenido político y en ningún caso presenta lazos organizativos. Cada uno de estos movimientos democráticos expresa una necesidad de renacionalización, con un horizonte de transformación que no sobrepasa jamás las fronteras; «*global is local*». Únicamente el movimiento político proletario tiene la facultad intrínseca de afirmarse en todo lugar como realmente internacional. Únicamente el movimiento proletario es capaz de definir un ciclo político global de ruptura con el capital mundial. Únicamente para él, y solo para él, «*local is global*».

5) A menudo radicales en sus formas de lucha, a veces en su organización, los actuales movimientos democráticos no lo son en el fondo. Contrariamente a sus antepasados de 1848 no cuestionan la forma del Estado, y no son portadores de reivindicaciones políticas de clases cuyos intereses estén poco o nada representados por aquel. Pasando por muchos sobresaltos, los movimientos democráticos de antaño han acabado en casi todos los lugares con los rentistas y los feudales en el poder, pero a costa de los sin-reserva. El Estado democrático moderno con su corolario de democracia social institucionalizada se ha instalado en los países capitalistas avanzados. La multiplicidad de sus Constituciones formales más o menos liberales no cambia la situación de fondo. Se cuestiona entonces únicamente tal o cual aspecto particular de la dominación política de las clases dominantes. Por ello la concepción del Estado subyacente a los movimientos democráticos actuales se reduce al poder ejecutivo, o, peor aún, a la camarilla que lo dirige. No es nada extraño que las demandas de los demócratas de hoy se limiten a reparaciones del orden dominante porque nunca se cuestionan su existencia, no persiguen la preservación de las prácticas radicales y autónomas de las libertades individuales y colectivas expresadas durante los movimientos democráticos de masas.

Ninguna formalización de las libertades individuales y colectivas en el marco del Estado es satisfactoria, porque viene al final a favorecer la estabilización del modo de producción capitalista y el reforzamiento de la dominación estatal sobre las clases subalternas. La formalización de reivindicaciones de libertad por parte de los movimientos democráticos es el mejor camino para que estos sean canalizados en dinámicas de negociación con el Estado, perdiendo todo potencial subversivo. El único medio de evitar esto es que los movimientos democráticos materialicen de forma duradera e independiente del Estado sus aspiraciones, satisfaciendo mediante una lucha intransigente las necesidades que las han suscitado. Necesidades que por otra parte no deben ser reducidas al deseo de más libertades individuales y colectivas de las poblaciones urbanas. La lucha por la tierra

llevada a cabo por los campesinos pobres brasileños es un ejemplo de un campo muy vasto que los movimientos democráticos pueden representar en ausencia de una lucha independiente de la clase obrera, la única capaz de orientarlos en el objetivo de la transformación revolucionaria del mundo.

Las reivindicaciones y las luchas democráticas corresponden históricamente a una fase de la dominación del capital ya superada hace mucho tiempo. La democracia burguesa se ha impuesto prácticamente como la forma de dominación política más eficaz y duradera del modo de producción capitalista (MPC). En cualquier caso, esta forma de organización política del Estado moderno no es apenas conforme con sus principios iniciales (un hombre, un voto; libertades políticas individuales y colectivas). Modificaciones significativas en nombre de la gobernabilidad, compromisos con las formas de organización política preexistentes y el mantenimiento de la estabilidad del Estado han «blindado» cada vez más y alejado del «ciudadano» el ejercicio concreto del poder democrático. Por ello, en los países centrales del MPC, las demandas de más libertad y de democracia burguesa surgen de forma regular del seno del cuerpo social y, a veces, toman formas radicales de lucha y de organización. Estas demandas procedentes de la sociedad civil acompañan frecuentemente la emergencia de un ciclo político proletario ascendente, como el de 1968. En estos períodos, la respuesta proletaria a estas demandas es relativamente simple: se trata de absorberlos y transformar su naturaleza profunda para hacerlos compatibles con la perspectiva comunista.

En la actualidad el contexto es mucho más complejo, porque si el proletariado juega un papel no despreciable en estos movimientos, no llega a cristalizar su fuerza política de forma independiente de las formaciones burguesas. Además estos movimientos no están, por una parte, faltos de interés para el porvenir de la lucha de clases: podrían proporcionar una indicación de lo que sucederá en China; y, por otra parte, las cuestiones políticas y teóricas que plantean no pueden ser apartadas de un manotazo reduciéndolas a su estricto contenido democrático (o de forma inversa, asimilándolas a un movimiento proletario), ni a sus resultados más tangibles *a posteriori*: la redistribución de cartas en los ejecutivos afectados y, más fundamentalmente, los procesos modernizadores de los Estados. Por nuestra parte, se trata ante todo de explicar que significa la democracia y todas las reivindicaciones democráticas en la época del capitalismo maduro y del mercado mundial unificado.

Los comunistas no reivindican el establecimiento de la república democrática, porque su objetivo es la destrucción de todos los Estados. Sin embargo, estos movimientos democráticos con una potencialidad radical no deben inspirar ni indiferencia ni desprecio por parte de los comunistas, que deben apreciar la mejora de las condiciones objetivas favorables al desarrollo de la independencia política de la clase obrera. Según Engels, la república democrática es la forma de dominación capitalista más propicia a las reivindicaciones obreras. Sin embargo, las aspiraciones libertarias no podrían despertar un entusiasmo ciego, porque no se trata aún del movimiento de la clase consciente de sí misma. Esta “igualación por abajo” del combate político de la clase obrera no es, sin embargo, señal de que haya agotado su capacidad y su fuerza revolucionaria, y que por ello nos sería preciso buscar un nuevo sujeto revolucionario. Las condiciones objetivas que hacen posible el comunismo y la transformación revolucionaria del proletariado están siempre presentes. El movimiento proletario no está tampoco condenado a recorrer de nuevo una etapa democrática. Estos momentos particulares, aun siendo repetitivos, de la lucha de clases, no contradicen la tendencia histórica dominante al enfrentamiento directo entre el capital y sus formas de dominación (entre ellas, la democracia) con el movimiento hacia el comunismo. Cuando la sociedad civil se limita a aplicar su crítica práctica a las formas particulares de la dictadura política del capital, es indispensable animar toda tentativa de organización proletaria autónoma en su seno, todo combate obrero independiente, por minoritario que sea, combate que lleva en sí la realización de las aspiraciones libertarias de sectores de la sociedad civil que intentan emanciparse (sin llegar nunca a ello, en razón de su pertenencia de clase) del Estado. La dinámica de la revolución permanente hacia la dictadura del proletariado dependerá de la conciencia y de la organización autónoma del proletariado.

MOVIMIENTOS INSURRECCIONALES EN LOS QUE LA CLASE NO ES IDENTIFICABLE

Más allá de las particularidades de cada movimiento y de las formaciones sociales y políticas en el seno de las cuales y contra las cuales se levantan, se pueden deducir bastantes rasgos comunes que permiten por un lado analizar sus límites políticos y por otra parte subrayar su potencial.

Si en numerosos casos (Ucrania, Irán, Nepal, Hong Kong), la contestación se desarrolla explícitamente desde una base directamente política (contestación de unas elecciones o de una elección estratégica, golpe de Estado monárquico con el fondo de insurrección maoísta), en otros casos un proyecto económico y social de segundo plano es la causa de las preocupaciones y de reivindicaciones inmediatas, de naturaleza defensiva, contra el coste de la vida y la pobreza, o por el «derecho al trabajo» (consigna incluida en los límites del capital), o por la «dignidad» (ídem). En numerosas ocasiones (Birmania, Irán, Túnez, Egipto), el alza de precios de los productos

alimenticios y/o de la energía, o la lucha contra la economía informal (Túnez), en un contexto de pobreza y de paro elevado, han actuado como detonadores de las revueltas populares. Rápida o simultáneamente, estas reivindicaciones son acompañadas de aspiraciones de libertad y de consignas políticas por la democracia, por las libertades individuales (políticas, culturales, religiosas), contra la corrupción, el nepotismo o la represión, aspiraciones y consignas esgrimidas por diversas clases y fracciones de clases. Consignas que se recuperan y que cristalizan movimientos interclasistas de la sociedad civil. Movimientos carentes especialmente de cohesión, y cuyas reivindicaciones y prácticas siguen siendo en su mayor parte fluctuantes e incoherentes (la recuperación por ateos del «Allah'u Akbar» en Irán es una clara muestra). Estos movimientos no se extienden a otros grupos oprimidos, afectados por la degradación de las condiciones de vida y de trabajo, ni al campesinado. En algunos casos, la cuestión nacional y colonial (Tíbet/China, Ucrania/Rusia, Hong Kong/China) o la cuestión religiosa (coptos/musulmanes en Egipto) constituyen obstáculos a la superación de las divisiones de la clase, favoreciendo expresiones nacionalistas, ya sean neonazis o islamo-fascistizantes.

Pese al pacifismo ambiente y globalmente dominante a través de manifestaciones «espectaculares», los (jóvenes) proletarios están muy presentes, y especialmente en los enfrentamientos violentos. Ante una represión feroz del Estado que causa muertos y heridos, a manos de la policía, de su ejército o de milicias, la rebelión muestra su incapacidad para responder sobre una base organizada. A pesar de su forma violenta, estos primeros disturbios tienen un carácter eminentemente defensivo. En lugar de actuar como consecuencia inevitable de una lucha política independiente, el ejercicio de la fuerza por parte del proletariado ejerce aquí como un sucedáneo. Lo que recuerda que el ejercicio proletario de la violencia no es en absoluto sinónimo de ofensiva, ni aún menos de autonomía obrera. Además, si los hubiera, los elementos más combativos de la clase se ven absorbidos por el enfrentamiento directo contra las fuerzas de represión y/o por la limpieza del régimen sobre la marcha. Como excepción notable, en Ucrania la militarización del conflicto ha conducido a una victoria, precisamente en este terreno, de fracciones nacionalistas extremas. Pero en Hong Kong se ha producido lo inverso: el ultimátum planteado por la HKFS al jefe del ejecutivo, sin tener los verdaderos medios de la política ha contribuido a desmoralizar al movimiento y a aislar a sus capas más decididas.

La presencia de proletarios no es suficiente para dar un contenido social fuerte a una insurrección. Como muestra está el hecho de que no se ha dado una acción amplia, o ninguna acción en absoluto, en los centros de producción, especialmente en el sector crucial para numerosos Estados rentistas, de la producción de hidrocarburos. Se han hecho muy pocas o ninguna huelga, a excepción de Túnez; no ha surgido ningún consejo ni comité obrero. La ausencia de crítica de la explotación o del salario ha dejado espacio, en el mejor de los casos (Túnez, Egipto) a un cuestionamiento de los directores de taller, de departamentos de fábrica y de directores de instituto, apelando a su sustitución en ausencia de un cuestionamiento más profundo de la organización del trabajo. Algunas reivindicaciones simples fueron a veces satisfechas, y el orden económico no se ha visto trastocado. En Hong Kong el bloqueo de la circulación tuvo consecuencias económicas para los sectores de la distribución y del transporte, atrayendo la oposición de los capitalistas en uno de los territorios productivos más avanzados y más densamente poblados del planeta.

El enfrentamiento es exclusivamente con el poder ejecutivo, con el símbolo de la dominación. En numerosos casos las protestas se personalizan cristalizando en la caída del jefe del Estado. En el mejor de los casos, cuando esta demanda se ve satisfecha, un sector más radicalizado prosigue la lucha para hacer caer a toda su camarilla. Por el contrario, las insurrecciones obreras tienen vocación de tomar prioritariamente los cuarteles, las fábricas, las prisiones, las comunicaciones, y no lo que parece ser la moda lanzada, a diferentes escalas y con diferentes resultados, por los altermundialistas o los demócratas radicales, la ocupación de las plazas centrales de las capitales y/o las sedes del poder ejecutivo.

Esta crítica debe ser matizada. Porque, por una parte, cuando *Occupy Wall Street* toma Zuccotti Park no se puede considerar este lugar como una gran plaza o algo importante, estando por detrás incluso de otros movimientos del mismo calibre. Por otro lado, las ocupaciones de las plazas ya existían antes de la última ola del movimiento democrático (2006-2015). Basta recordar, por ejemplo, Tian'Anmen en 1989 (con una fuerte participación obrera) o la Marcha sobre Washington de 1963 («*Marcha por el trabajo y la libertad*», uno de cuyos organizadores fue Luther King). No se trata de criticar en sí la ocupación de la calle sino más bien de mostrar que la ocupación de grandes plazas está más ligada al «alma política» (y a veces no violenta) de los movimientos como *Occupy* y especialmente a su falta de arraigo en los barrios.

La insurrección obrera supera el régimen democrático parlamentario mediante el ejercicio de la dictadura proletaria y tiene como objetivo la destrucción del Estado. En cambio, los tumultos democráticos producen la reforma de este último, y por tanto, en último término, su refuerzo. Estas contestaciones son finalmente integradas por la vía legal, confiscadas en las manos de las oposiciones institucionales o del ejército. La débil presencia en la

revuelta de segmentos organizados de la clase obrera de fábrica ciertamente ha contribuido a la dilución de la lucha de clase en la lucha democrática para la racionalización y la modernización de la dominación del capital. En resumen, el movimiento democrático ha sido perfectamente capaz de contener, de encuadrar las reivindicaciones más concretamente proletarias cuando estas han surgido.

Pero no hace falta culpar al movimiento democrático de hoy de todos los males relativos a la debilidad actual del proletariado. No estamos en junio de 1848, en París, en donde el proletariado se ha encontrado luchando por si mismo, pero solo, y sufriendo una derrota a manos de un Estado reforzado por el movimiento democrático surgido de febrero. Tampoco estamos en Alemania en noviembre de 1918, en donde frente a la revolución democrática impulsada esencialmente por los obreros y los soldados y que, en las fábricas, desafiaban radicalmente la dirección capitalista de la empresa, cuando para reblandecer el movimiento y aislar los elementos más destacados, la gran patronal y el sindicato ADGB firmaron rápidamente acuerdos³ de cogestión de las grandes empresas mediante el reconocimiento de los sindicatos, el aumento de los salarios y la reducción de la jornada de trabajo a 8 horas.

MOVIMIENTOS QUE PUEDEN INSCRIBIRSE EN LOS PROCESOS DE LIBERACIÓN DEL PROLETARIADO

Es posible e imprescindible apoyar la interpretación obrera de las luchas contra las dictaduras, en la cual hay que valorizar su calidad de jalones del movimiento real global de liberación del proletariado. En su decidido combate por la democracia y contra el despotismo, mediante la inyección del odio de clase, la clase obrera transforma de forma parcial, incluso poniendolo en peligro, el epílogo normalizador de la modernización del Estado, es decir, de adaptación a las condiciones generales del mercado mundial, y a la dictadura del capitalismo maduro. Cuando los proletarios están preparados para desafiar las fuerzas represivas con las manos desnudas, y a no retroceder ante las balas de los policías, aportan al enfrentamiento una determinación que puede romper el poder que responde con la violencia explícita. Las reivindicaciones de democracia directa constituyen un considerable obstáculo a la autonomización y a la especialización de la Política. Incluso las consignas del tipo «¡Fuera de aquí!» respecto a los jefes en las empresas no deben ser rechazadas en bloque. La capacidad para «apartar» a los jefes da testimonio de una cierta relación de fuerzas en el seno de las empresas y tiende a colocar el miedo en el lado de la dirección capitalista. Las expresiones antiautoritarias parecen a menudo estar relacionadas con movimientos reivindicativos en el seno de las empresas. La apertura de un período de inestabilidad deja campo libre a todas las reivindicaciones, en especial las de los trabajadores, incluyendo entre ellos a los que no han participado en el movimiento. Esta es la causa de porqué las luchas suscitan la desconfianza de los patronos y de los dirigentes de los centros del capital.

La presencia en estos movimientos de una clase obrera fabril es un factor de esperanza. El deseo de salir de ahí, expresado con rabia y desesperación por decenas de millares de jóvenes pobres, la fragilidad que se espera duradera de las redes del Estado son otros tantos signos que indican que la lucha de clases no está apagada y que su potencial sigue intacto. Las acciones colectivas y la expresión de potencia en la lucha constituyen tomas de libertad en la práctica contra el orden establecido y dejan huella en las conciencias, pese a la jaula ideológica democrática de estos movimientos. Según los casos, la revuelta de los jóvenes (urbanos, estudiantes), la movilización de las mujeres contra opresión abierta de la que son objeto, el rechazo de la represión y de la religión (especialmente en un contexto de reforzamiento mundial del Islam político) son señales extremadamente positivas. En Irán, por ejemplo, la población, en un movimiento ciertamente interclasista, ha levantado la capa de plomo del poder establecido, anunciando al mundo que había comenzado algo, que podría tener una importancia capital para la clase obrera mundial.

La extensión de las libertades individuales y democráticas, en fin, es susceptible de crear condiciones objetivas más favorables a la lucha de clases. La clase obrera no es indiferente a los cambios institucionales y constitucionales democráticos. Tiene incluso bastante interés en aflojar el tornillo dictatorial en la medida en que así puede asegurar libertad de circulación, libertad de expresión, etc. Sería infantil y finalmente contraproducente negar estos avances parciales pero, de otro lado, se demostraría una ceguera no viendo, en las mismas, un elemento potencial de restauración del orden del capital. Frente a un dilema de este tipo, el criterio principal a considerar, el factor principal que determina el juicio de los revolucionarios es idéntico al que les inspira cualquier final de un combate obrero defensivo: el grado de organización autónoma adquirido por las minorías revolucionarias a través de estas luchas.

³ Acuerdos denominados «Stinnes-Legien», del 15 de noviembre de 1918. Stinnes es una de los grandes patronos y Legien el dirigente perteneciente al SPD, del sindicato ADGB

Otro elemento de apreciación es el grado real hasta el que estos movimientos libertarios permiten alcanzar nuevas prácticas correspondientes a las necesidades de los proletarios y de todas las categorías explotadas, como el hecho de restablecer una correspondencia entre los medios de lucha y su objetivo emancipador. Marx explicaba que:

« Cuando los obreros comunistas se reúnen, es la doctrina, la propaganda, etc. su principal fin. Pero al mismo tiempo se apropian de una nueva necesidad, la necesidad de la sociedad y lo que parece ser el medio se convierte en el fin»⁴

El desarrollo de prácticas que satisfacen las necesidades obreras, en la lucha y mediante la lucha, es una potente palanca que se opone de facto a la problemática de obtención de mejores condiciones acordadas por el capital y su Estado; incluso si lo que se ha arrancado por la fuerza se convierte en un factor objetivo de refuerzo de la democracia, no es menos cierto que la creación o el reforzamiento de la organización autónoma constituye la única, la auténtica victoria política.

LOS PROLETARIOS EN LOS MOVIMIENTOS DEMOCRATICOS RADICALES

En primer lugar, en las formaciones económicas y sociales dotadas de Estados dictatoriales, la lucha de clases puede tomar caminos específicos. Por una parte, la ausencia de libertad de expresión y de igualdad política así como la ausencia de órganos de integración del proletariado, en un contexto en el que la Política no deja ninguna «autonomía relativa» a lo Social y a sus cuerpos intermediarios (sindicatos y otras asociaciones) hace que muy a menudo la clase obrera perciba su situación como un producto de la dictadura. Cuando lucha contra la explotación también incluye la opresión política concreta. Todo combate proletario se presenta entonces como directamente político y plantea rápidamente la cuestión militar. Por otra parte, en líneas generales, los regímenes despóticos son relativamente inadecuados al desarrollo del capital. Fuerzas burguesas y pequeño-burguesas están presentes continuamente en un combate por la democracia política, marcada por la gigantesca presión ejercida por el mercado mundial y por la competencia del capital sobre las formas de dominación política y social, y sobre los modos concretos de producción incapaces de resistirse a esa presión. De esa manera toda la sociedad civil (capital y trabajo unidos) es quien se manifiesta políticamente, reivindicando la democracia y las libertades políticas individuales. Como consecuencia, el proletariado, al mismo tiempo que defiende sus intereses inmediatos, apoya la perspectiva de la instauración de la forma política adecuada a la dictadura del capital maduro, la República parlamentaria. Nada extraño tiene que los proletarios se batan regularmente a pecho descubierto en las batallas más radicales contra las dictaduras, sin elaborar y consolidar su independencia política de las formaciones burguesas y pequeño-burguesas de oposición. Más raramente, algunos movimientos democrático-radicales y masivos surgen también en las ciudadelas del capital. También están frecuentemente relacionados con problemáticas de libertades individuales, principalmente de las mujeres o de ciertas minorías que sufren opresiones específicas. Estos movimientos no se distinguen fundamentalmente de los de los países dictatoriales. En un marco de ciclo político en ascenso, es siempre mucho más fácil hacerlos converger hacia los combates de clase obreros.

En segundo lugar, la naturaleza y el signo del ciclo político proletario en curso están en tela de juicio en este resurgir de insurrecciones democráticas. En comparación con la ola prerrevolucionaria mundial de los años 1968-1977, las siguientes revueltas proletarias, en los años 80 (trabajadores polacos, coreanos o sudafricanos) presentan una marcada discontinuidad, y aparentes rasgos comunes con los actuales movimientos. Todas ellas han encontrado en la democracia radical el punto álgido de su resultante política. En ningún momento han producido organizaciones de clase propias del proletariado revolucionario. La destrucción de la URSS y la integración en el mercado mundial de China (dos dictaduras), es decir, su supervivencia en el mundo de la democracia burguesa, se caracterizan, también ellas, principalmente por este cambio en el ciclo político proletario. En su combate radical por la democracia, modificando las relaciones de fuerza, la clase obrera ha acelerado el proceso de descomposición y de transformación en profundidad de los países del campo denominado socialista. En el plano geopolítico, estos impulsos insurreccionales de pobres/sin reservas contra las dictaduras de la periferia del capital se ven reforzadas por la ofensiva de los países de capitalismo maduro, presentada bajo las banderas de la democracia contra las barreras (nuevas y viejas) que limitan la creciente unificación del mercado mundial. Guerra de propaganda contra China o guerra de movimientos en Oriente Medio son sus signos distintivos por lo que concierne a los EE.UU.

⁴ Agnès Heller, «La théorie des besoins chez Marx», página 74, Ediciones 10/18. Cita extraída de los «Manuscritos de 1844», (https://www.marxists.org/francais/marx/works/1844/00/km18440000/km18440000_5.htm).

ESTADO Y DEMOCRACIA, LIBERTAD Y COMUNISMO

El régimen mas adecuado al Estado capitalista moderno, su forma históricamente determinada para asentar su despotismo de clase es la República democrática burguesa. Es a la vez el modo de representación más acabado del interés general del capital y la forma de dominación de clase más sofisticada y más eficiente de la edad moderna. Tiene la capacidad de *«transformar los Estados políticos en Estados sociales, de manera que los diferentes miembros del pueblo...son iguales en el Cielo de su mundo político y desiguales en la existencia terrestre de la sociedad. La Revolución francesa es la única que conseguirá la transformación de los estados políticos en sociales, o dicho de otra manera, hizo de los diferentes estados de la sociedad civil simples diferencias sociales, diferencias de la vida privada, que no tienen ninguna importancia en la vida política. La separación de la vida política y de la sociedad civil se encuentra, debido a este hecho, resuelta.»*⁵

La democracia es una extensión del Estado y, a partir de ello, ninguna formalización de libertades individuales y colectivas en el marco del Estado es satisfactoria, porque el Estado es su negación activa. El Estado regula los conflictos, encuadra y define toda expresión del individuo social y especialmente la de los proletarios independientes. En democracia, el ciudadano, es decir, el miembro aislado y egoísta de la sociedad del capital, se opone al proletario y se convierte en su peor enemigo. El proletario no escribe en su bandera roja el sufragio universal, la separación de poderes y la igualdad jurídica. El voto «libre» y secreto constituye la expresión política democrática mas acabada del individuo, negación de las luchas de la sociedad civil. La democracia se detiene a las puertas de las fábricas, al requerir el mando del capital la sumisión del trabajador parcial a la máquina, mediante el uso de una disciplina militar. *«El código de fábrica, en donde el capital formula como legislador privado y su gusto el poder autocrático del que goza sobre sus obreros, sin la separación de poderes que la burguesía tanto simula además, y sin el sistema representativo al que tanto cariño tiene, en realidad es solamente la caricatura capitalista de la regulación social del proceso de trabajo que se ha hecho necesario con la cooperación a gran escala y el uso de medios de trabajo comunes, especialmente la maquinaria»*⁶.

En relación con esto, los sindicatos, en tanto que órganos del Estado asociados a la gestión de la explotación, contribuyen a extender la democracia burguesa al terreno social. Introduciendo elementos de igualdad política en las empresas, convierten a los obreros en ciudadanos en busca de nuevos derechos que supuestamente harán retroceder la clásica dicotomía entre la democracia en la sociedad y la dictadura en la fábrica. En realidad, alimentan la idea de que la emancipación es factible en los lugares de explotación y añaden así una mistificación democrática al despotismo de la maquina y del capataz. El combate contra la democracia en la empresa se convierte así en un frente crucial en la guerra de clase. Ejecutado con coherencia, traza una línea de separación neta e infranqueable entre el partido obrero y el partido del capital. Igualmente, la separación de poderes es una separación entre pensamiento, deliberación y acción. Este modelo formal no se puede aplicar a los órganos de la clase en lucha, porque no permite superar las dificultades que se encuentra. Solamente la continua elevación del nivel de consciencia de los proletarios combativos pone a estos en condición de oponerse a la detención de la dinámica objetiva, renovada sin cesar, de superación y desarrollo del movimiento real.

El Estado exige que se le delegue nuestro destino y la satisfacción de las necesidades. Todo lo contrario de la aspiración a la independencia del individuo social que tiene, mediante el movimiento de liberación, a fundar por sí mismo y directamente, en un entorno definido por la socialización y la cooperación productiva, los perfiles de su propia libertad y la de sus semejantes. La libertad como afirmación del individuo separado de su comunidad, unido a ella solamente por vínculos jurídicos (derechos y deberes), marca la superioridad del individuo aislado sobre el individuo social, superioridad encolada por un postulado filosófico (libertad) y que corresponde a la negación de la pertenencia a una clase y a un imperativo de fraternización con el explotador. Bajo el capital, el ser social es negado políticamente en tanto que en su vida material reina la cooperación productiva. El individuo es «libre» contra todos los demás y *«la aplicación práctica del derecho de libertad es el derecho de propiedad privada»*⁷ La burguesía ha hecho al individuo independiente en las formas, reforzando todas las amarras que hacen de él un objeto para el capital, un instrumento de su reproducción. *«Es precisamente la esclavitud de la sociedad burguesa la que es, aparentemente, la mayor libertad, porque es aparentemente la independencia perfecta del individuo. Este considera como su propia libertad el movimiento sin freno (liberado de los obstáculos generales y de los bienes humanos) de los elementos alienados de su vida, como son la propiedad, la industria, la religión, etc. En realidad esta libertad es la servidumbre perfectamente inhumana del individuo.»*⁸

⁵ Karl Marx, Introducción a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel, 1843.

⁶ Karl Marx, El Capital Libro I, PUF, página 476

⁷ Karl Marx, La cuestión judía, 1844.

⁸ Karl Marx, La Sagrada Familia, 1845.

El individualismo burgués busca al mismo tiempo hacer de la independencia individual un fin en sí mismo, haciendo perpetua la separación del individuo de su naturaleza, de su ser social. Esta oposición exige ser dirigida y codificada por las leyes que emanan de un cuerpo estable y separado, el Estado. Por el contrario, el comunismo persigue la reconciliación del individuo con su especie, produciendo al fin el hombre social su propia historia. El otro ya no es un obstáculo a la libertad, sino que representa por fin la oportunidad de realizar la suya propia. La igualdad como afirmación de la equivalencia entre individuos es una negación sin superación (por tanto no dialéctica) del individuo; es el reconocimiento de la naturaleza social del hombre cosificado, cuantificado y reducido al estado de simple detentador de mercancías. La igualdad formal y contractual entre capitalista y asalariado oculta la relación de dominación. Para los comunistas el único rasgo común a los individuos (aparte de su constitución física) es la pertenencia a la comunidad humana concreta, hoy dividida en clases y existente solamente a través de las clases antagónicas. Una condición para la existencia del MPC es la existencia de dos clases que son *«dos formas muy diferentes de propietarios de mercancías (...) de un lado los propietarios de dinero, de los medios de producción y de subsistencia, para quienes se trata de valorizar mediante la compra de la fuerza de trabajo ajena la suma de valores que poseen; por otra, trabajadores libres, vendedores de su propia fuerza de trabajo y por tanto vendedores de trabajo.»*⁹ Los trabajadores son *«libres en este doble sentido (...) que no pertenecen en sí mismos de forma inmediata a los medios de producción y de consumo como en el caso de esclavos, siervos, etc. (...) [y] que los medios de producción no les pertenecen, como es el caso de los campesinos autónomos, etc., estando por el contrario desligados, liberados, libres.»*¹⁰

Por tanto, la revolución comunista no es pues la plena y total realización de la democracia desprovista de su envoltorio burgués. El comunismo es por naturaleza anti-democrático y anti-igualitario. Contra *«el derecho igual está, en principio, siempre el derecho burgués (...) El derecho igual (...) según su contenido, es el derecho de la desigualdad, como todo derecho.»*¹¹ el comunismo afirma que *«De cada uno según sus capacidades. A cada uno según sus necesidades.»* Únicamente en el curso de la primera fase de la revolución comunista, cuando la producción social está todavía organizada según las modalidades heredadas del MPC, el proletariado atravesará transitoriamente por la aplicación de igualitarismo estricto (*«A cada uno según su trabajo»*). Pero en la segunda fase de la revolución comunista (o durante el «comunismo inferior» si se prefiere), se pasará a *«A cada uno según sus necesidades»*, según el contenido anti-igualitario de Marx quien reconocía la existencia propia, única y diferenciada de todo individuo social libre.

LA ACTUALIDAD DE LA REVOLUCION PERMANENTE

Si la clase obrera puede estar interesada en unos cimientos democráticos que facilitarían su organización y sus luchas, tiene que establecer una neta demarcación con la reivindicación democrática burguesa y no apoyar, directa o indirectamente, el proceso de reestructuración del Estado. Los proletarios revolucionarios deben encontrar su lugar en este tipo de movimiento, valorizando su contenido social. Para ello es necesario plantear los temas de la lucha contra explotación en la empresa, en los lugares de trabajo, en los barrios populares, el combate contra todos los Estados, independientemente de sus regímenes específicos, así como la independencia política de la clase obrera. Las reivindicaciones democráticas deben ser superadas mediante la práctica de un nuevo orden social, mediante la instauración en la base de nuevas reglas y modos de vida cooperativos inspirados por el proceso revolucionario. Los proletarios revolucionarios no piden la libertad al Estado; la toman. En este marco, el primer enemigo a vencer es el que se desliza en el seno del movimiento, ya sea socialdemócrata, estalinista, liberal o fascista. Los movimientos democráticos constituyen un momento en la lucha prolongada para aplastar el capitalismo. La brújula que debe servir a la clase obrera es siempre la promoción de sus propias exigencias.

*«La posición del partido obrero revolucionario respecto a la democracia pequeño-burguesa es la siguiente: marcha junto a ella contra la fracción de la que quiere la caída; se opone a ella siempre que la misma quiere determinar sus propias posiciones.»*¹² Y también:

*«Mientras que los demócratas pequeño-burgueses quieren llevar a cabo lo mas rápido posible la revolución a término, nuestro interés, nuestra tarea es convertir la revolución en permanente, hasta que todas las clases mas o menos poseedoras hayan sido apartadas del poder, hasta que el poder de Estado haya sido conquistado por el proletariado y que, no solamente en un país, sino en todos los países que controlan el mundo, la asociación de los proletarios haya realizado bastantes progresos como para detener en esos países la competencia de los proletarios, concentrando en sus manos al menos todas las fuerzas productivas decisivas.»*¹³

⁹ Karl Marx, El Capital, Libro I, PUF, página 804.

¹⁰ Ídem.

¹¹ Karl Marx, Friedrich Engel, Crítica del Programa de Gotha, Capítulo 1, 1875.

¹² Karl Marx, Discurso al comité central de la Liga de los Comunistas, marzo de 1850.

Ninguna alianza pues con la democracia pequeño-burguesa, porque resultaría únicamente en una ventaja para los pequeño-burgueses y en total perjuicio para el proletariado. La coincidencia de intereses, parcial, efímera y no declarada, entre obreros y demócratas pequeño-burgueses es una llamada a un trabajo constante de debilitamiento de éstos a cargo de aquellos.

¿Que hacer?

- La clase obrera, en el transcurso de luchas contra las dictaduras o regímenes autoritarios reivindica las libertades que puede, o aspira a, practicar de forma directa y que son coherentes con su lucha general contra el capital y el Estado (por ejemplo, la libertad de organización en las fábricas).

- La clase obrera se dirige hacia las otras clases oprimidas para explicarlas que, para obtener estas libertades, es preciso combatir también contra la perspectiva burguesa del Estado democrático; perspectiva orientada a transformar y congelar esas libertades en derechos acordados con la paz social y condicionados a ella.

- Cuando las personas aspiran a satisfacer sus necesidades de expresión directa, la clase obrera esgrime la lucha y la organización para transformar esas reivindicaciones en prácticas vivas y, sobre todo, directas; en movimientos que prefiguran una nueva organización, fundada sobre la cooperación social y la superación de la forma estatal;

- La fuerza de convicción de la clase obrera es directamente proporcional a su capacidad media de ser un protagonista social y político independiente, en los lugares que son suyos: las empresas, los barrios populares, los transportes públicos, las escuelas, los hospitales, etc. Su poder persuasivo depende, en suma, del ejercicio de su poder directo para destruir el capital y su Estado.

Como Marx explicaba en el texto ya citado:

1. *« Durante y después de la lucha, los obreros deben en toda ocasión formular sus propias reivindicaciones junto a la de los demócratas burgueses.»*

2. *«Es necesario que exijan garantías al prepararse los burgueses para apoderarse del poder...Les es necesario mantener estas garantías de lucha avanzada y cuidar, de forma general, de que los nuevos gobernantes estén obligados a todas las concesiones y a todas las promesas posibles; este es el medio mas seguro de comprometerles.»*

3. *«Es necesario que junto a los nuevos gobernantes, creen al mismo tiempo sus propios gobiernos obreros revolucionarios, bajo la forma de municipalidades o de consejos municipales, clubs o comités obreros. Se organiza el contrapoder. Se instala la dualidad de poderes.»*

4. *«Es necesario de forma inmediata el armamento de todo el proletariado»* y organizar una guardia proletaria autónoma puesta *«a las órdenes no del poder público, sino de los consejos municipales revolucionarios conseguidos por los obreros.»*

La finalidad del plan está clara: *«aniquilar la influencia de los demócratas burgueses sobre los obreros; efectuar de forma inmediata la organización autónoma y armada de los obreros; dificultar la dominación, inevitable por ahora, de la democracia burguesa atacándola y comprometiéndola.»*

CONCLUSION

«Felizmente, el proletariado ha acumulado a lo largo de los siglos una enorme experiencia en este campo. Las enseñanzas de la ola revolucionaria de 1848, de la Comuna de Paris, de las revoluciones rusas de 1905 y 1917 y tantas otras intentadas y aplastadas nos lleva a decir que las reivindicaciones de esta naturaleza no dan miedo a la clase obrera que se levanta. Al contrario, pueden alimentar la revuelta general y dirigir hacia el campo del proletariado a otras fuerzas sociales. Pero solamente a condición de que ese campo exprese y afirme por encima de todo su propia política independiente de superación del sistema capitalista y de progresiva destrucción revolucionaria del Estado

Separar las reivindicaciones democráticas y de libertades individuales de la ideología que mejor las representa, el moderno liberalismo, es también un imperativo al que no debe sustraerse la clase obrera independiente, so pena de edulcorar su propio proyecto revolucionario. Esto significa que debe entablarse una áspera batalla política y teórica en el seno de los movimientos demócratas radicales a fin de que se disuelvan en el movimiento más coherente y profundo de la transformación comunista de la sociedad. La disolución de estos movimientos sin embargo no debe efectuarse por la anulación pura y simple de las exigencias de libertad individual de los que son vehículo. El comunismo en movimiento es el largo proceso de socialización de las relaciones entre los hombres libres de elegir su destino individual. Así, la libertad de elección del individuo, cuando no está fundamentada sobre la explotación y la opresión de los demás, es la condición del florecimiento

¹³ Ídem.

de las relaciones sociales, del ser social del hombre. Las más amplias libertades individuales, la más amplia expresión de la voluntad colectiva, la socialización de los medios de producción, la destrucción del Estado y la superación del capitalismo son otros tantos factores de la misma ecuación. Una ecuación cuya solución histórica podría encontrarse en los próximos años o decenios en China.»¹⁴

La radicalidad en las formas de los movimientos democráticos no será superada más que con un movimiento proletario que las absorba, canalizando su frágil alcance de transformación en la perspectiva de las relaciones sociales y de la crítica práctica del capitalismo. Si ese no fuera el caso, su trayectoria las lleva, al final, a actuar a favor de la reestructuración y el reforzamiento del Estado burgués. Si el proletariado se muestra incapaz de individualizarse, con su propia política y sus órganos de clase, en el seno de estos movimientos democráticos, la perspectiva de la revolución permanente no surgirá en el horizonte de lo posible. La clave, como siempre, es la constitución política del proletariado en clase independiente, y en la formación de órganos centralizados, aunque durante mucho tiempo sean minoritarios. Estos son los órganos que deben asumir la tarea histórica de experimentar en la práctica el doble poder, de disolver por la fuerza las relaciones sociales existentes y modelar una nueva sociedad, sin patronos, sin Estado, sin capital. Una sociedad en donde la prioridad es la reelaboración y la satisfacción de las necesidades sociales concretas de los obreros y de otros oprimidos. La organización política autónoma exalta la fuerza y la madurez del proletariado afirmándose como clase para sí. Con su actividad, prepara a los explotados para destruir el Estado y sus aparatos, perfilando en el fuego de combate la puesta en marcha de las medidas indispensables para una transición hacia la nueva sociedad, hacia un mundo a imagen del individuo social libre, cooperante y pleno.

Sin embargo, las clases no pertenecientes al proletariado, y pensemos por ejemplo en los campesinos pobres de los países de la periferia del MPC, si encuentran en ellas capacidad para entrar en lucha, crear sus propias organizaciones, y transformarse de movimiento democrático en su nacimiento en movimiento democrático radical, es decir, movimiento no dirigido hacia el Estado sino que por el contrario ponga en práctica los medios organizativos de realizar sus necesidades, no tienen necesidad de esperar a que el proletariado entre en movimiento para ejecutar sus propias acciones. Por el contrario, en la línea de las comunas de campesinos anarquistas de España, entre 1936 y 1937, deben ensayar a resolver aquí y ahora las complejas cuestiones relativas a la producción de productos agrícolas: ¿Qué producir y como? ¿Cómo organizar la producción de forma que no se reproduzca la explotación? ¿Cuáles deben ser las relaciones ciudad-campo?

Que la transformación comunista del mundo sea solo viable si el proletariado entra en acción nadie lo pone en duda, pero el hecho de que los campesinos hayan puesto en práctica la aplicación del principio «*No pidas (al Estado), tómalo y organízate en consecuencia para llevarlo a cabo*», principio obrerista ya existente entre los IWW, permitirá que los proletarios en lucha encuentren un apoyo importante basado no sobre la «sumisión» al proletariado revestido de todas las virtudes, sino sobre una práctica similar permitiendo el reconocimiento y después la superación. Recordemos que el comunismo no es la generalización de la condición proletaria sino su abolición y la de todas las otras clases.

«De esto no se deduce que no pueda conseguirse nada en el marco del Estado. Las reivindicaciones democráticas se sitúan a este nivel: son resultado del intento de crear un campo de compromiso posible con el Estado. Planteadas a menudo por los proletarios independientes, no dejan de ser un anzuelo contra el que los revolucionarios deben actuar. La concepción y la práctica de las libertades individuales y colectivas del individuo no tienen sentido mas que si este último asume plenamente su ser social contribuyendo a organizar la sociedad en torno al pilar de la asociación para la cooperación productiva liberada de la mercancía, del valor, del capital, y, desde luego, del Estado.

Todo movimiento que tienda hacia la satisfacción autónoma y colectiva de la necesidad de libertades se inscribe en el largo camino hacia el comunismo. En contrapartida, si ó cuando la aspiración libertaria se desvía hacia la reivindicación democrática al Estado, la perspectiva de comunismo se aleja. La perspectiva del comunismo se difumina aunque se consigan éxitos parciales, como es el caso de la ampliación o del reforzamiento de la democracia social (los famosos logros de las luchas tradeunionistas). La oferta que el Estado propone de manera repetitiva a los insumisos y a los proletarios es cesar la agitación y la construcción de un orden nuevo a cambio de la satisfacción de ciertas reivindicaciones.»¹⁵

MC/KPK, 20 de mayo 2015

Para cartear: sin otra mención, a BP 380, Centre Monnaie 1000, Bruxelles 1, Bélgica.

Consultar los sitios Web: www.mouvement-communiste.com y Kolektivně proti kapitálu : <http://protikapitalu.org/>

¹⁴ «Irán: El murmullo popular subterráneo sale a la superficie» (Lettre n° 31, diciembre 2009) página 18

¹⁵ «Egipto: compromiso histórico en un intento de cambio democrático» (Brochure n° 3, octubre de 2011) página 53.